Lección 10
(27 de Agosto al 3 de Septiembre de 2011)

La adoración: Del exilio a la restauración

Rubén Aguilar

Desde una perspectiva etimológica, el sentimiento de adoración alude a un estado de postración y reverencia. El concepto mismo de adoración, no obstante, se amplía a la necesidad de identificar al Ser a quien se debe adorar; conocer las exigencias de la adoración adecuada; destacar las variadas formas de adoración; permanecer en el lugar determinado para evocar ese sentimiento. En el escenario del Antiguo Testamento, el lugar de la auténtica adoración, donde todos se verificaban todos los criterios requeridos, era el tabernáculo de Dios; más tarde, lo fue el Templo de Jerusalén. La razón imperiosa de definir el lugar de adoración fue determinada por Dios, para que el Ser Divino pudiera morar entre su pueblo.

El objetivo primario de mantener un lugar apropiado para expresar la adoración a Dios era el de la renovación de las promesas del Pacto. Dios haría de Abrahán una gran nación y le daría la tierra por heredad. En palabras más directas: Dios haría de Abrahán una nación próspera que estaría bajo la protección divina. La adoración en el lugar determinado por Dios implica la expresión de ferviente reverencia con los oídos de la humildad atentos para escuchar las promesas de Dios. Así sucedió en Siquem (Génesis 12:6), en Manre (Génesis 13:18), en Beerseba (Génesis 21:33) y en Bet-el (Génesis 28:16-19).

En el período del peregrinaje, y bajo el liderazgo de Moisés, el sentido de la presencia divina debía acompañar el lento paso de los que habían sido liberados. Ese sentimiento se expresaba en la visualización permanente del Tabernáculo de Dios. Los servicios en ese lugar de adoración se completaban con el sacrificio continuo del cordero, símbolo de la muerte del Salvador prometido. Más adelante, el Tabernáculo fue sustituido por la imponente construcción del Templo de Salomón, el cual –al ser concluido–fue llenado por la gloria de Jehová (1 Reyes 8:11). En términos de religiosidad, el pueblo de Israel obtuvo un favor desmedido con la construcción del Templo de Jerusalén. Aquél era el lugar de adoración; allí podrían tener la sensación de la presencia de Dios; allí el pueblo podía escuchar con los oídos del espíritu las promesas del Pacto; allí el pueblo podía vislumbrar el sacrificio del Redentor para promover la salvación definitiva. Pero la indiferencia a las prescripciones divinas, la influencia de las costumbres y las tendencias idolátricas promovidas por otros pueblos, la laxitud de los líderes espirituales, todo ello llevó –históricamente– al abandono de la importancia del Templo como símbolo de religiosidad. Fatídicamente, lo que siguió fue la destrucción del Templo y el Exilio.

El Exilio: "Hijo de hombre, ¿has visto...?"

La situación del pueblo de Dios en los siglos VIII y VII a. C. puede ser analizada a través de dos perspectivas de observación: una profética y otra histórica. Proféticamente, varios profetas insinuaron la destrucción de la ciudad de Jerusalén y de su Templo, a través de la intervención del poder babilónico. Históricamente, sin embargo, eso no pareció poder suceder, pues Babilonia no pasaba de ser una región bajo el dominio del imperio asirio. Proféticamente, el vaticinio más pesimista sobre el destino de Jerusalén había sido anunciado por el profeta Jeremías, durante 23 años, desde el decimotercer año del gobierno del rey Josías (Jeremías 25:30), finalizando ese mensaje, a manera de epílogo, con la invasión de Nabucodonosor (Jeremías 25:9) y el exilio de setenta años (Jeremías 25:12).

El rey Josías, de Judá, gobernó durante 31 años en Jerusalén (2 Crónicas 34:1), desde el 640 a. C. La predicación de Jeremías se inició en el 627 a. C. Los registros históricos de ese período, con la ayuda de documentos arqueológicos, narran el poderío de Asiria logrado en el gobierno de Asurbanipal. Su capital, Nínive, se había embellecido con palacios, parques, museos, largas avenidas, con su destacada biblioteca real, e incluso un zoológico donde se conservaban raras especies. Su dominio abarcaba toda la región sur de Mesopotamia, incluyendo Babilonia. En el este ocupaba los territorios de Elam, incluyendo Persia y Media. Del lado occidental del Éufrates, su dominio se extendía hasta las fronteras de Anatolia, el territorio de Siria y toda Palestina, hasta el norte de Egipto. Pero, según las previsiones divinas, todo iba a cambiar en poquísimo tiempo.

En el año 627 a. C. murió el rey Asurbanipal. El imperio asirio cayó en una crisis de poder político lo que llevó a una inevitable decadencia. Nabopolasar, líder del pequeño reino de Babilonia, inició un movimiento para liberarse del dominio asirio. Unido a Ciajares, rey de Media, formó un ejército que avanzó por las orillas orientales del río Tigris hasta alcanzar la ciudad de Nínive y destruirla, matando a Shin-Shar-Ishkun, último rey asirio (611 a. C.). Las previsiones proféticas parecían no poder cumplirse cuando el faraón Necao, de Egipto, atravesó Palestina con un poderoso ejército a fin de detener la expansión del poder babilónico. Se libró una batalla a orillas del Éufrates, donde el ejército de Nabopolasar fue destruido (609 a. C.). Entonces el faraón Necao, dueño de la situación, acampó en Carquemis. Nabucodonosor, hijo del rey babilónico derrotado, comenzó con la reorganización del ejército en un operativo increíble, sacando prácticamente de las cenizas todo lo imprescindible para una campaña bélica. En el 606 a. C., dirigió su ejército por la orilla oriental del Éufrates y halló en Carquemis al ejército del faraón Necao. La batalla fue ardua y el vencedor fue Nabucodonosor. Estimulado con esta hazaña, el rey babilónico descendió por los territorios de Palestina y ocupó varias ciudades, entre ellas Jerusalén (2 Reyes 24:1). Ese fue el inicio del exilio.

Debido a la rebelión de Joaquín, rey de Judá, Nabucodonosor realizó una segunda invasión de Jerusalén (598 a. C.), y la destruyó (2 Reyes 24:2). Como consecuencia de la rebelión de Sedequías, rey de Judá, once años más tarde, Nabucodonosor comandó una tercera invasión de Jerusalén (587 a. C.), y destruyó el Templo o Casa de Jehová (2 Reyes 25:9). Así se cumplió exactamente lo que había sido predicha y lamentado por los profetas. El pueblo de Dios ya no tendría el lugar sagrado para manifestar su adoración. ¿Por qué eso ocurrió?

La respuesta a esa pregunta está en la visión reveladora del profeta Ezequiel, que describe en el octavo capítulo de su libro los pecados abominables de los líderes del pueblo. Las palabras del profeta no dejan dudas de que los principales descalabros morales de los líderes judíos eran la idolatría y la prostitución. El elevado grado de esa transgresión se destaca a través de la expresión que denota admiración inusitada: “Hijo de Adán, ¿ves las cosas que los ancianos de Israel hacen en tinieblas, cada uno en sus cámaras de imágenes pintadas…?” (Ezequiel 8:12). El espíritu libertino de los transgresores los llevó a considerar sus vicios como actos que podía ocultarse a los ojos divinos: “Pues ellos dicen: ‘El Señor no nos ve’” (Ezequiel 5:12b).

El Templo de Jerusalén, que brillaba con esplendor por el material dorado empleado en sus paredes y mobiliario; y aún más, por el brillo celestial de la *shekinah*, símbolo de la presencia de Dios, fue desdeñado por los líderes judíos, anulando con ello la definición del Templo como lugar de adoración. La tendencia religiosa era seguir los patrones de adoración de las naciones paganas, caracterizadas por la idolatría y la prostitución. Los cultos idolátricos eran celebrados con prácticas de pródiga sensualidad. Centenares y miles de muchachas, falsamente denominadas “sacerdotisas”, eran utilizadas para concretar el ritual de perversión. Israel, al imitar esa práctica, fue más allá de aquella presunta muestra de religiosidad, estableciendo en esas celebraciones personas de sexo masculino para realzar aún más la obscenidad. Fueron identificados por el traductor bíblico como “sodomitas” (1 Reyes 14:24; 15:12). En esas condiciones, el Templo perdió toda significación como lugar de adoración a Dios, y debía ser retirado.

El Exilio: Adorando a la imagen

La variedad de manifestaciones religiosas, tanto en el pasado como en el presente, es de difícil enumeración. El principio fundamental de la existencia de tales agrupamientos religiosos es la pretensión de ser verdaderos. Si todas las religiones fueran verdaderas, sus doctrinas serían comunes, sus dioses serían prácticamente los mismos, el fundamento y la finalidad de todas serían análogos. Pero eso no sucede. Sólo una religión puede ser verdadera y las otras, falsas, en diferentes grados de fraudulencia.

Varios criterios pueden ser utilizados para diferenciar la religión verdadera de las que no lo son. Mencionaremos dos criterios: la de la temporalidad del grupo religioso, lo que quiere decir que una religión que ha existidos algunos años y luego deja de tener vigencia, no puede tener la característica de ser veraz. Otro criterio, el de la conciencia de la revelación divina, hace referencia a que ninguna expresión religiosa surgida por el esfuerzo racional de la mente o del impulso de alguna clase de sentimiento, puede ser verdadera, puesto que necesita de la revelación divina a través de sus profetas. La religión del pueblo de Israel estaba asentada sobre la revelación divina desde el período patriarcal. Dios se había revelado al pueblo de Israel a través de sus mensajes y su poder; en la vida de Abrahán; en el Éxodo; en el peregrinaje por el desierto; en la posesión de la tierra de Canaán; en la vida de Elías enfrentando a los sacerdotes de Baal, etc. El símbolo más elocuente de la religión de Israel como expresión verosímil fue el Tabernáculo de Jehová, o el Templo de Jerusalén. Allí, el israelita podía expresar su adoración a Dios, consciente de su revelación.

Durante el período del exilio babilónico, el pueblo judío fue despojado del símbolo de su religiosidad, el Templo. Su sentimiento de adoración quedó aún más borroso por la autoridad vigente que imponía, a través del poder civil y religioso, la obligatoriedad de adorar la imagen de la religión babilónica. Así había sido en los tiempos de antaño, cuando los amigos de Daniel fueron colocados en situación de tener que probar su fe como adoradores de la verdadera Entidad divina a quien debía tributarse esa adoración. No era el momento de equilibrar sentimientos de adoración entre dos fuerzas antagónicas, que imponen a sus fieles adoración y obediencia, sino de confirmar la fe. Los tres jóvenes hebreos pasaron la prueba declarando que eran adoradores del Único Dios verdadero, quien se revela a través de sus leyes y su poder.

A pesar de las amenazas proferidas, los jóvenes hebreos manifestaron su profunda convicción de la revelación divina y afirmaron que, aún cuando Dios eventualmente no revelase su poder en aquellas circunstancias, aún así continuarían adorándolo. Pero el Verdadero Dios se reveló nuevamente mostrando su poder salvador al librar a los jóvenes de los efectos del fuego devorador.

La restauración: “¿Dónde están ahora tus padres?”

En el 539 a. C., Ciro, rey de los medos y persas, destruyó la orgullosa nación babilónica y, guiado por el Dios que no conocía (Isaías 45:5), resolvió liberar y permitir el retorno de los exiliados a sus territorios originarios respectivos, para que se cumpliera lo que había sido anunciado por los profetas (Esdras 1:1). El decreto emitido por Ciro era genérico en su esencia, pues permitía la liberación de los cautivos de todas las naciones; pero por respeto al pueblo judío, tenía un carácter específico, pues determinaba la reconstrucción del Templo de Jerusalén, conforme “el Señor, Dios del Cielo” así lo requería (Esdras 1:2, 3). El propio soberano de los reinos conquistados se convirtió en el principal patrocinador del noble emprendimiento. Para eso, dispuso que se ofrecieran tesoros para la concreción de tan sublime proyecto (Esdras 1:4), los gastos serían pagados por el reino, y los tesoros del Templo, arrebatados por Nabucodonosor, serían devueltos (Esdras 6:4, 5). Todo parecía estar a favor de concretar tan magna obra.

En la planicie desértica de Mesopotamia, los vientos que conducían las arenosas partículas del suelo se convirtieron en testigos de eventos negativos al proyecto divino. Ciro, el gran propulsor de la construcción del Templo de Jerusalén, cayó muerto atravesado por la punta fatídica de una flecha lanzada en la batalla contra los masagetas, tribu oriental conducida por la reina Tomiris (530 a. C.). Su hijo primogénito, Cambises II, fue declarado su sucesor. Era un joven indolente, con ambición de poder egoísta, impulso que lo llevó a asesinar a su hermano Bardiya, también llamado Smerdis. Cambises, inexperto en el manejo de las cosas del reino, demostró indiferencia en la continuación de los proyectos de su padre. Emprendió conquistas territoriales, llegando a ocupar el norte de Egipto (522 a. C.), cuando fue informado de la usurpación de su trono por parte de su hermano Bardiya. Lleno de inseguridades, prefirió quitarle la vida, sin sospechar que se trataba de un falso usurpador. Entonces, Darío Histapes ocupó el trono.

En el lento inicio de la construcción del Templo, los enemigos del pueblo judío surgieron para impedir que se erigiera tan magno edificio. La autoridad política que res-

pondía por ese territorio ante el gobierno de Darío procuró impedir la prosecución de la obra a través de una carta acusadora al rey (Esdras 5:3-17).

Los judíos que habían vuelto a Jerusalén fueron afectados por toda esa nebulosa política, lo que permitió que la indiferencia a las cosas espirituales llenase sus mentes turbadas. La tendencia fue buscar las comodidades personales construyendo residencias costosas en detrimento del interés por la construcción del Templo cuyas ruinas aún eran visibles (Hageo 1:4). El esfuerzo para hacerse de bienes materiales los había llevado al extremo de trabajar con denuedo por ellos, recibiendo como recompensa apenas lo necesario para satisfacer su codicia. Las palabras proféticas ilustran muy bien esa condición: "Sembráis mucho y recobráis poco. Coméis, y nos saciáis. Bebéis, y quedáis con sed. Os vestís, y no os abrigáis. Y el que trabaja a jornal, recibe su jornal en saco roto" (Ageo 1:6).

En esa anómala condición de comportamiento social, Dios –en su misericordia– dejó oír su voz por intermedio de sus profetas para estimularlos a vivir una vida de esperanza y satisfacción genuina (Esdras 5:1). Una severa amonestación fue pronunciada por el profeta Zacarías, quien recibió la revelación de Dios en el segundo año del gobierno del rey Daría (520 a. C.). Recordando la indiferencia de los antiguos líderes del pueblo judío que no habían inculcado en las nuevas generaciones la dependencia del poder de Dios, el profeta destacó: "El Señor se enojó en gran manera con vuestros padres"; luego advirtió: "No seáis como vuestros padres", que habían andado por "malos caminos", y concluyó la reprimenda aclarando el fin funesto de los ancianos: "Vuestros padres, ¿dónde están?" (Zacarías 1:1-5).

La acción profética fue determinante para que el entusiasmo resurgiera y los judíos reiniciaran la obra, liderados por Zorobabel y el sumo sacerdote Josué (Ageo 1:12). La obra alcanzó su objetivo. Sobre la parte más alta del monte Moria, resplandecía el Templo, no con el brillo refulgente del primero, sino con la el de la renovadora esperanza que sólo un lugar de adoración puede ofrecer. La dedicación de ese Templo fue un acto de regocijo apoteótico porque exaltó el nombre del Señor. Era el sexto año del reinado de Darío (516 a. C.), cuando el Templo ya edificado, símbolo de la presencia divina, culminaba con la promesa renovadora de Dios predicha por el profeta Jeremías: "Cuando en Babilonia se cumplan los 70 años, os visitaré, y despertaré sobre vosotros mi buena Palabra de volveros a este lugar… Entonces me invocaréis… Me buscaréis y me hallaréis, cuando me busquéis de todo vuestro corazón" (Jeremías 29:10-13).

Así, el Templo nuevamente pasó a cumplir su función sublime de constituir un Lugar solemne de adoración.

Dr. Rubén Aguilar
Profesor de Teología
Univ. Adventista de San Pablo
Campus II



Traducción: Rolando D. Chuquimia
© RECURSOS ESCUELA SABÁTICA